

## CAPITULO XXVI.

## El padre y la hija.

Serian las diez de la mañana del siguiente dia, cuando un coche se detenia en la puerta de una accesoria de la plazuela de San Sebastian.

La accesoria estaba marcada con la letra A.

El cochero bajó del pescante, abrió la portezuela y se quitó el sombrero.

Al ruido, todas las vecinas se asomaron para saber lo que pasaba.

Poco despues, un jóven de elegante porte, desmontaba del carruaje, y llamaba á la puerta de la humilde casucha.

Aquel jóven era Enrique, quien despues de haber probado fácilmente su inocencia, iba á cumplir la palabra dada á la hija de D. Andrés.

La accesoria se abrió, y se dejó ver en el dintel la hermosa Pilar, vestida de luto con un traje de humilde tela, pero airoso y bien cortado, que realizaba las bellas formas de su esbelto cuerpo.

Enrique le tendió la mano para saludarla, y le suplicó que subiese en el coche inmediatamente.

—Pero ¿ha llegado mi padre?—preguntó Pilar con el mayor afán.

—Ha llegado.

La jóven cerró la puerta de la accesoria, guardó la llave, y montó en el carruaje.

Enrique subió tras ella.

El cochero cerró de golpe la portezuela, volvió á colocarse en el pescante, dió un latigazo á las mulas, y el carruaje desapareció á poco de la vista de los curiosos de la plazuela, torciendo por la calle del Carmen.

—¡Ah!... conque voy á ver por fin á mi padre!...



—Dentro de un instante, señora.

—¿Y sabe....

—Todo, Pilar, excepto la mala conducta de vuestro esposo, porque me ha parecido prudente ocultársela.

—Sí, ha hecho vd. perfectamente en evitarle esa vergüenza, que le hubiera desgarrado el corazón.

—Le he dicho que era un artesano honrado, y á la muerte suya y de Rossi, le he dado un colorido político, atribuyéndolas á un desafío entre ambos.

—¿Cuánto tengo que agradecerle á vd., D. Enrique, su prudencia y los distinguidos favores que me ha dispensado!

—Era un deber de la amistad y una exigencia del corazón.

Contestó el joven.

—¡Ah! gracias: nunca se borrará de mi alma la noble conducta que ha conservado vd. conmigo ¡Dios le haga á vd. tan feliz como merece serlo!

—La felicidad—contestó Enrique poniéndose triste con el recuerdo de una idea—no existe para mí, señora; por eso dejo á la

satisfacción que derrama en el alma toda acción buena, que supla los efectos de aquella.

—¿Cómo!....—dijo Pilar conmovida con la tristeza de su generoso amigo—¿no es vd. feliz?

—No señora, no lo soy: ¿puede haber felicidad para el que vive de amor y muere olvidado?

—¡Una pasión contrariada!....

Exclamó la joven con acento melancólico, recordando á su vez la historia de sus desgraciados amores.

—Sí; amor contrariado por la mujer que amo y que nunca podré olvidar.

—¿Y por qué no esperar que cambie el corazón de esa mujer?

—¿Cambiar su corazón!.... ¡Ah!.... imposible... Es demasiado virtuoso para que se opere mudanza ninguna en él.... Si la creyese capaz de volubilidad semejante, no la amaría como la amo.

—¿Luego ama á otro?

—Sí: ama á un hombre digno de ella; y

EL CAPITAN ROSSI.—TOM. III. 36



esta circunstancia me reconcilia en parte con mi desgracia.

—Muy indulgente se muestra vd. con su rival.

—Es porque ese rival es mi mejor amigo, Pilar: es el hombre que una húmeda mañana fué conducido á la casa de vd. herido.

—¡Miguel!

—El mismo.

—¿Y él corresponde con el mismo fuego al amor de ella?

—¿Quién, en las tinieblas de la noche oscura, no ama la luz de la apacible luna que aparece radiante en el azul del cielo para salvarle de los precipicios que se abren á sus piés?... ¿Qué infeliz enfermo no bendice la dulce medicina que hizo desaparecer para siempre sus dolores...? ¿Qué triste proscrito no besa lleno de gratitud la mano benévola que se abre hospitalaria en su amargo destierro?... Miguel había amado á otra mujer que no pudo ser suya; y cruzaba una vida cercada de tinieblas desde que se ocultó la primera estrella de sus amores: su corazón estaba enfermo con el

exceso del dolor, y su alma marchaba proscrita de los placeres que vierte una pasión correspondida. En medio de tan amargo destierro, se presentó bella y encantadora María, ángel de candor y de pureza, de ternura y de amor, oculto hasta entonces tras el cendal bellissimo del pudor. María fué la luz, la medicina, la mano benévola tendida al triste proscrito, y Miguel amó al ser que le volvía á abrir las puertas de la felicidad.

—¿Es decir que vuestro corazón ha renunciado hasta el dulce placer de la esperanza?

—¿Qué esperanza puedo acariciar, señora, cuando tal vez en este mismo instante...

Y Enrique se estremeció con un pensamiento, y no acertó á continuar.

Pilar advirtió aquel sacudimiento.

—¿Cómo!... ¿Le amenaza algun peligro?... ¿está en peligro su vida?...

Enrique, ensimismado en su pensamiento, no contestó á la pregunta.....

.....  
El coche, despues de haber atravesado muchas calles, se detuvo en la de la Profe-



sa, enfrente á una espaciosa casa, y poco despues, Enrique y la jóven á quien acompañaba, penetraron en la lujosa sala del edificio.

Al verles entrar, el venturoso anciano que les esperaba con impaciencia, se arrojó con los brazos abiertos sobre la amorosa Pilar, exclamandó fuera de sí de alegría:

—¡Hija mia!....

Pilar fijó sus grandes ojos, arrasados en lágrimas de júbilo en la faz de su querido padre.... palpó su cabello.... estrechó sus convulsas manos.... y al verle tierno y cariñoso como siempre, comprendió toda su felicidad y gritó entre suspiros y sollozos:

—¡Padre de mi corazon!.... ¡al fin encuentro á vd!....

Un silencio elocuente siguió á estas palabras: el venturoso D. Andrés tenia asida contra su corazon á la hija por quien tanto habia llorado, y temia se le escapase de entre sus brazos.... Temia el infeliz que todo fuera un sueño, y no se saciaba de mirarla.... Tenia allí cuanto amaba en el mun-

do, y apenas se atrevia á creer en su ventura. ¿Quién es capaz de pintar una escena tan tierna y tan sublime en que la lengua permanece muda para dejar al corazon que goce de las dulces afecciones que le inundan?

Querer expresar los sublimes sentimientos de un amor grande como la naturaleza, es profanar los inconcebibles misterios del alma, y reducir á los pobres y estrechos límites de la palabra lo que excede á lo imaginable y realiza lo imposible.

Don Andrés y Pilar permanecieron abrazados, y con los ojos llenos de lágrimas que las brotaba el exceso de ventura que les embargaba.

Enrique, con los brazos cruzados, les contemplaba enternecido á corta distancia, experimentando esa inefable satisfaccion que acompaña al alma del hombre despues de practicar una buena obra.

Aquella patética escena, la contemplaba enternecido otro individuo, detras de la vidriera de una pieza contigua.

Este individuo era D. Antonio, á quien



había contado Enrique, poco antes, la triste historia de Pilar.

Adherido el rostro á la vidriera, y separando un poco la cortina que velaba aquella, no acertaba á apartar la vista de la mujer cuyas primeras palabras de amor habían sido para él: para él que, al escucharlas, presintió una vida de inagotable ventura, de dicha sin guarismo, de felicidad sin término.

Pilar estaba hermosa como el ángel del amor que se presenta por primera vez á embellecer los ensueños del jóven de alma virginal que acaricia la seductora idea de un sentimiento para él desconocido, que se inicia por medio de sensaciones dulces, tiernas, íntimas, indefinibles que le hacen presentir otra existencia llena de encantos, de caricias, de dichas celestiales.

Las suaves hebras de su finísimo cabello rubio, peinado con gracia encantadora, armonizaban con las perfectas facciones de su ovalado rostro, blanco y bellissimo como el de Hebe, que se destacaba sobre sus negras vestiduras como la misteriosa luna en

medio de los oscuros celajes de una noche borrascosa.

En sus grandes y azules ojos, fijos en el rostro de su anciano padre, brillaba la pureza de una alma sin mancha, dando á su expresivo semblante un tinte de grata melancolía, de candor y de amor filial, que redoblaba los encantos de sus correctas facciones.

En aquella mujer todo revelaba virtud, cariño, resignacion y amor.

Era imposible verla sin sentirse avasallado por el tesoro de perfecciones que Dios había derramado sobre ella.

Don Antonio trajo á la memoria los preciosos y risueños instantes del primer amor cuando el alma, pura como las dulces flores antes de abrir su boton á la luz del alba, guardan todos sus perfumes para el dichoso mortal á quien está consagrada, y llevó la mano á sus ojos para secarse una lágrima.

Aquella lágrima era una página en que leía su sensible corazón el recuerdo de su presente y su pasado.



Veía á Pilar, hermosa, interesante y llena de atractivos como en la época feliz en que se abrieron sus nâcarados labios á formular la primera palabra de amor que coloreó sus pudorosas mejillas; pero al traves de aquella celestial belleza, parecíale descubrir velada su alma á la vehemente pasión que brota de un pecho vírgen que siente la primer influencia de ese soplo vivificador por quien existe el mundo, crecen las plantas, y amamos la existencia.

Temia que así como los placeres de la juventud borran del corazon la memoria de los de la niñez, ó al menos los amortiguan, así al pasar á los brazos de otro hombre hubiera olvidado los juramentos hechos al sér que habia cifrado en ella toda su felicidad.

Recordaba haber leído muchas veces que nada resiste al tiempo, y que todo desaparece bajo su terrible y poderosa influencia, y no traía á la memoria las maravillosas excepciones de la invariabilidad que presenta la naturaleza.

No se acordaba de que al traves de las

borrascas, de las tempestades y de la furia de las olas, la aguja náutica señala constantemente al Norte sin que nada baste á variar su rumbo, y que el girasol solo sigue los movimientos del astro bienhechor del dia, muriendo para todos y viviendo para él.

Pilar podia compararse á esos dos objetos, porque como ellos no tuvo en la prolongada cadena de sus padecimientos mas Norte ni otro sol que la memoria de D. Antonio.

Pero esto no lo sabia el jóven médico.

Enrique le habia contado todo, excepto la clase de vida que habia llevado al lado de aquel hombre con quien se habia unido para salvarse del furor de Rossi.

Don Antonio, como buen amante, no podia reconciliarse con la idea de que otro hubiese ocupado el lugar que á él le pertenecía.

Sin embargo, estaba tan hermosa Pilar, brillaba en su frente tal resplandor de pureza y de virtud, se notaba en sus ojos, fijos entonces en los de su anciano padre, tal



superabundancia de amor filial, de ternura y de candor; habia tal modestia en todos sus movimientos, y dulzura tanta en sus palabras, que el desconfiado amante no pudo menos que olvidar por un momento sus tristes ideas, para revestirla de toda la pureza ideal conque se presentó á sus ojos en la época feliz de sus risueñas ilusiones.

—¡Mucho has padecido, hija mia!

Dijo D. Andrés, estrechando cariñosamente la mano de Pilar, y siguiendo una conversacion que hemos pasado por alto, por atender á lo que pasaba en el corazon de D. Antonio.

—¡Mucho....! y sin embargo, todo lo olvidado en este instante en que Dios me vuelve al lado de mi querido padre!

—¡Ni un recuerdo para mí....!—pensó interiormente el joven médico:—¡ni una pregunta, ni una palabra!....

Y sintió oprimido terriblemente su pecho por la fuerza del sentimiento que imprime la creencia del olvido.

—El cielo, hija mia, se ha compadecido

al fin de nosotros, y nos reune aquí, para no volvernos á separar jamas.

—Jamás, padre mio, jamás; vd. es el único sér que adoro sobre la tierra, y quiero consagrar toda mi vida y todo mi amor á vd., que necesita de mi cariño y de mi ternura.

Don Andrés acercó sus labios á la frente de su hija, á la vez que se escuchó en el cuarto en que estaba D. Antonio, un ¡ay! desgarrador, arrancado por las últimas palabras de Pilar, y el golpe como de un cuerpo que cae en tierra.

—¿Qué es eso, padre mio?—dijo Pilar, queriendo reconocer aquel acento, y poniéndose pálida como un cadáver.—¿Quién ha lanzado ese grito?

Enrique y D. Andrés, sin atender á Pilar que no tuvo fuerzas para moverse del sitio que ocupaba, corrieron al cuarto, cuya puerta se resistia por tener detras el cuerpo del desventurado amante, que no pudo resistir á la idea de haber perdido el amor de Pilar, y que cayó sin fuerzas al suelo,



como el fornido tronco de un árbol al constante golpe del rayo destructor.

Entretanto, los criados atraídos por el grito, acudieron al sitio de la escena, cogieron en brazos á su amo, y abrieron la puerta para que entraran D. Andrés y Enrique.

Pilar, vuelta de su sorpresa, se lanzó tras ellos para ver si era cierto lo que sospechaba; pero D. Andrés salió á su encuentro para prohibirle la entrada.

—No entres, hija mia, que nada ha sucedido.

—¡Ah!... no me oculte vd. la verdad— dijo la jóven afligida.—¿Ha sido esa la voz de D. Antonio?

—¿Y qué adelantarias con saberlo?

—¡Ah!... respóndame vd., padre mio, respóndame vd.; ¿ha sido la voz de D. Antonio?

—Puesto que lo deseas saber, sí, hija mia.

Pilar se arrojó en los brazos de su padre, derramando un torrente de lágrimas.

## CAPITULO XXVII.

Enlaces y desenlace.

¿Qué significan esos gallardetes y colgaduras que adornan ese magnífico templo dedicado á las esposas del Señor? ¿Qué indican esas mil y mil velas de blanca cera que arden sobre el altar sacrosanto del magnífico convento? ¿Qué los acordes del órgano sonoro, la numerosa concurrencia que se prosterna reverente, y la brillante tela que adorna la cátedra del Espiritu Santo?

Un elegante castillo de fuegos artificiales, se descubre en medio de la calle y enfrente á la puerta de la iglesia; varios hombres,

EL CAPITAN ROSSI.—TOM. III. 37